



UNION
por José Sorribas Orth

San Francisco. Julio, 2018.

“Después de tanto tiempo el hombre vuelve a la Luna. Desde hace treinta y cuatro años ningún vuelo espacial tripulado ha dirigido su rumbo al satélite terrestre. Este hecho ha levantado una gran expectación tanto entre la comunidad científica como en una sociedad que hace tiempo no siente un interés especial por el espacio. El regreso al astro proporcionará una oportunidad única para dar solución al problema que en pocos años acuciará nuestro sistema energético. El helio-3 lunar, descubierto en el anterior milenio por los pioneros espaciales, puede reemplazar al petróleo que usamos en el mundo como fuente de energía. La estructura especial de sus átomos es perfecta para usarlo como combustible de las plantas de fusión, sin los problemas de radiactividad generados por el reactor nuclear tradicional. Es una material limpio y sin riesgos para la salud. El ocaso de una era de dependencia petrolífera se perfila en el horizonte terrestre.”

Gianni Meyer siguió leyendo en su reproductor multimedia la prensa digital hasta llegar a la programación televisiva del día. Mediante el buscador encontró el anuncio de la difusión del acontecimiento: a las 14.30 horas la conexión se establecería en abierto en la CNN, unos veinte minutos antes del momento previsto para el alunizaje del módulo lunar Hawking. Gianni podía considerarse afortunado en cierto sentido: su padre formó parte del equipo de Houston en la misión del Apolo XI, colaborando como ingeniero de comunicaciones en el viaje que culminó con la conquista de la Luna. Uno de los privilegiados que presenció, desde el control de la misión de la NASA, el éxito en el aterrizaje del módulo lunar Eagle y el descenso de Neil Armstrong a la superficie selenita.

Sin embargo, en los últimos años los hados no favorecían la suerte de la agencia. El monto del presupuesto en esta área aprobado por el gobierno había sido reducido por los escasos triunfos en el espacio. Además, EE.UU. mantenía una postura prudente en el desarrollo de la segunda fase de la Estación Espacial Internacional, una expansión que evolucionaba con extrema lentitud en la última década; los sucesivos problemas técnicos y no menos burocráticos, junto con la incipiente aventura espacial china (en una actitud poco cooperativa a nivel global), eran oportunidades perfectas para los distintos gabinetes de equilibrar una partida de poca rentabilidad política.

Con todo, la NASA no tenía más remedio que adaptarse a los tiempos y buscar fórmulas innovadoras que proporcionaran ingresos atípicos. Y una de esas nuevas iniciativas (además del merchandising, libros y souvenirs



estelares que se vendían por Internet) era el Canal NASA, en emisión veinticuatro horas en una banda digital de pago para cubrir el nuevo evento espacial. La Luna volvía a estar de moda. Las cámaras instaladas en el interior del módulo de mando y en el de alunizaje, complementadas por los visores digitales de aumento en el exterior de la nave, aseguraban la intromisión de media humanidad en la intimidad de los astronautas. No se trataba de un directo stricto sensu, pero el retardo era de pocos segundos. El éxito había sido rotundo e inesperado.

Gianni reajustó el dispositivo portátil a modo musical mientras insertaba los miniauriculares inalámbricos en sus oídos. El aerobús tres de cercanías llegó a la séptima parada. El joven se apeó del transporte. Era casi mediodía cuando giró la esquina de la calle en la que residían sus padres: una ancha avenida en una urbanización en las afueras de San Francisco, jalonada por cipreses que de pequeño siempre le habían impresionado de día y asustado de noche. Sus padres no se encontraban en casa. El padre, septuagenario pero todavía con la vitalidad que influye recordar el pasado glorioso, aceptó la invitación, junto a su esposa, remitida por la NASA a colaboradores desvinculados de la agencia. Pocos eran los que desde los viejos días de la incipiente era espacial revivirían hoy aquellas proezas desde el mismo control de la misión en Houston. Y así como su padre disfrutaría en la ciudad tejana, él gozaría del espectáculo en la casa de su infancia: el anciano ingeniero estaba suscrito como es lógico a Canal NASA, beneficiándose de una cuota de abono meramente simbólica por antiguo empleado de la agencia. Gianni Meyer encargaría una pizza y, como aquél que disfrutaba de un partido de béisbol por cable, animaría desde el sofá la nueva victoria de su país.

Luna. Misión Apolo XI. Módulo de mando Columbia. Julio, 1969.

Incomunicado. El hombre más solo del mundo. Michael Collins permanecía en el módulo de mando Columbia mientras sus dos compañeros, Neil Armstrong y Buzz Aldrin, descendían a la superficie lunar.

Cuando en su órbita el pequeño módulo espacial pasaba al otro lado de la Luna, el astronauta Collins quedaba sumido en el más absoluto aislamiento durante casi una hora. Silencio estelar. Las comunicaciones no eran posibles. La masa del satélite impedía las transmisiones por radio. ¿Qué reflexiones cruzan por la mente de un hombre aislado como ningún otro en toda la Historia? La soledad oprimía su corazón. Una soledad diferente, indescriptible. La visión de Marte, y más allá del resto de planetas, convertía la soledad en angustia. Y si imaginaba las distantes estrellas desconocidas, allende el Sistema Solar, la angustia se tornaba humillación. El hombre no era apenas una mota de polvo, un grano de arena o una gota de agua: nadie, jamás,



había experimentado como él la soledad, la angustia y la humillación de sentirse tan insignificante ante aquella vasta realidad.

De nuevo a salvo. Las comunicaciones se restablecieron. Contacto visual con la zona donde sus compañeros habían alunizado, el Mar de la Tranquilidad, y con la Tierra, mucho más luminosa que la Luna, aislada en medio de una negrura sin estrellas, frágil y expuesta a un universo agresivo. Una trémula pompa de jabón capaz de estallar en cualquier momento.

-¡Hola, llanero solitario!

La voz del comandante de la misión, Neil Armstrong, invadió el interior del módulo de mando. No hay nada como el resto de la humanidad para sentirse vivo.

-Ya puedo vigilaros de nuevo, amigos -dijo Collins-. Cada vez que os pierdo de vista temo que no rompáis nada ahí abajo.

-No te preocupes, Mike -tranquilizó Neil-. Una enorme y fea ama de llaves selenita no deja que toquemos nada.

Los tres rieron.

-No hubo problemas de aparcamiento, espero -continuó bromeando Collins desde las alturas.

-Me imagino que al ser domingo los habitantes han aprovechado para salir de fin de semana. Estaremos tranquilos -ironizó Buzz Aldrin, el piloto del módulo lunar.

-¿Todo bien en la superficie?

-Ningún problema. Ahora estamos preparando la cámara para la retransmisión -informó el comandante.

-Bien. Intentaré averiguar a qué se debió esa ligera derivación hacia la derecha del Eagle en el alunizaje -dijo Collins.

-No te obsesiones, Mike -recomendó Armstrong conociendo a su amigo-. No ha sido nada.

En la fase de aproximación, el módulo lunar Eagle vaciló justo antes de encender las luces de contacto y cortar los motores. Nada aparentemente importante. Pero Michael Collins era muy meticuloso en los aspectos técnicos. Cualquier dato corregido podía ser útil para posteriores misiones del proyecto Apolo.

-Bueno, de todas formas confirmaré los cálculos -insistió-. Volveré a contactar antes de volver a desaparecer.

-Aquí Base de la Tranquilidad, recibido.

Los entusiastas comentarios de los especialistas y los elogios de los técnicos presentes en el plató de Canal NASA, hacían que uno se sintiese partícipe de algo grande. Y así se sentía Gianni Meyer: un gran americano orgulloso de pertenecer a un gran país. La bandera de las barras y estrellas ondulaba de nuevo en la Luna con la presencia de los nuevos héroes



astronautas. El 2018 sería recordado como un año con otro excepcional hito en la historia del espacio de los Estados Unidos.

El ordenador doméstico emitió un agudo pitido para advertir de la entrada de un aviso en el terminal del comedor. Gianni se acercó a la consola y activó la conexión. El mensaje provenía de un tal Hansruedi Rosen. No lo conocía. Solicitaba entablar conversación a tiempo real.

Washington. Casa Blanca. Julio, 1969.

En el despacho oval el Presidente aguardaba la ansiada llamada telefónica. Desde que ocho años antes el presidente Kennedy anunciara la conquista de la Luna, los Estados Unidos no escatimaron recursos para lograr semejante empresa. De hecho, el obstinado empeño no había sido tanto la conquista del satélite sino la carrera espacial desbordada con la Unión Soviética. Una guerra fría, lejana, y ante todo teatral. Pero cuando hoy, el Presidente comunicara con los astronautas, a más de 380.000 kilómetros de distancia, el mundo sabría que los Estados Unidos de América eran los vencedores.

El secretario de Estado apareció por la puerta.

-Señor Presidente -saludó.

-Hola, Bill.

-No tardarán mucho, señor; la comunicación estará lista en seguida.

-Gracias, Bill.

El Presidente invitó con un gesto a que el secretario se sentara. En su sillón, el hombre más poderoso de la Tierra estiró la espalda y, liberando un suspiro, entornó los párpados.

-¿Hemos sido los primeros, verdad, Bill? ¡Les hemos jodido! Hemos jodido a esos condenados rojos.

-Así es, señor. -Una sonrisa ensanchó el rostro del hombre de confianza del presidente. William Rogers rebotaba satisfacción cuando sentía que su superior estaba contento y relajado. Sin duda era un momento memorable no sólo en la historia de su país, sino también en la historia de la humanidad-. Los muchachos de la NASA han hecho un buen trabajo -añadió.

-Me darás unos cuantos nombres para las fotografías y las medallas.

-En cuanto vuelvan los chicos de la Luna, señor.

Un ligero aire de preocupación cruzó el semblante del presidente.

-¿Regresarán, Bill?

-Por supuesto.

El secretario de Estado no apartó los ojos de su presidente y amigo. Esperó a que Richard Nixon hablara de nuevo.

-Al blandengue de John le hubiera gustado disfrutar de estos instantes. Era mucho más romántico en estas situaciones.



-El presidente Kennedy hubiera disfrutado como cualquier buen americano, señor.

-Muy diplomático, Bill, como siempre¼ -El Presidente resopló-. Bien, bien,¼ ¿Qué será ahora? ¿Cuál será nuestro próximo paso?

-Creo que usted lo sabe, señor. Y lo antes posible. Debería anunciarse para dentro de tres años.

-¿Tan pronto? ¿No podemos descansar ni un lustro?

-Los rusos no se detendrán, señor.

El Presidente apretó los labios formando una fina línea rosada e hinchó sus fosas nasales aspirando profundamente.

-¿Pero ya hemos conquistado la Luna, no? Hemos demostrado nuestra fuerza.

-Señor, si me permite expresarlo de esta manera -solicitó el secretario-: no podemos dejar que esos rojos comunistas planten su jodida bandera en ningún lugar antes que nosotros.

El Presidente explotó en una carcajada. Se levantó todavía riendo y se acercó a su hombre.

-Bill -dijo apoyando la mano izquierda en su hombro-, a veces no sé qué haría este Gobierno sin ti y tu sentido del humor.

Un zumbido sonó sobre la mesa. El secretario de Estado William Rogers se levantó y apretó el botón del interfono.

-La comunicación está lista, señor -anunció una meliflua voz femenina.

-Gracias, Margaret.

El Presidente regresó a la mesa. Ajustó su corbata y se alisó el pelo.

-La Luna¼ Americana. No está mal, Bill, no está mal para un país de vaqueros¼

Los astronautas Neil A. Armstrong y Edwin E. Aldrin Jr. atendieron la llamada desde el módulo de aterrizaje.

-Hola Neil y Buzz. Os estoy hablando por teléfono desde el despacho oval de la Casa Blanca y seguramente esta sea la llamada telefónica más importante jamás hecha, porque gracias a lo que habéis conseguido, desde ahora el cielo forma parte del mundo de los hombres. Y como nos habláis desde el Mar de la Tranquilidad, ello nos recuerda que tenemos que duplicar los esfuerzos para traer la paz y la tranquilidad a la Tierra. En este momento único en la historia del mundo, todos los pueblos de la Tierra forman uno solo. Lo que habéis hecho los enorgullece y rezamos para que volváis sanos y salvos a la Tierra.

Neil Armstrong aclaró mentalmente su garganta.

-Gracias, señor Presidente. Para nosotros es un honor y un privilegio estar aquí. Representamos no solo a los Estados Unidos, sino también a los hombres de paz de todos los países. Es una visión de futuro. Es un honor para nosotros participar en esta misión hoy.

El presidente americano continuó.



-La Luna ya no es una ilusión, es una realidad. Una posibilidad al alcance de los hombres. Un logro que desmitifica el escepticismo de la capacidad humana fuera del entorno terrestre. Y a una meta sigue otra¼ -El estómago de Armstrong se encogió. Sabía lo que venía a continuación. El presidente ya no hablaba con ellos. Se dirigía al gran público de la Tierra: el mundo debía conocer por boca de su líder que su país en modo alguno dejaría de ser el más poderoso.

Gianni Meyer desdobló la pantalla para iniciar la conversación. Tecleó las palabras con la poca seguridad que inspira hablar con un internauta desconocido. "Hola". Era suficiente.

La respuesta tardó en llegar.

"Hola. ¿Impresionante, no?"

Gianni supuso que el comunicante se refería al aterrizaje lunar.

"Sí. Realmente ha sido magnífico volver al cielo", respondió cortésmente. Y añadió en la misma línea: "¿Quién es usted?"

De nuevo tardó en llegar la contestación aunque no tanto como antes.

"Mi nombre es Hansruedi Rosen. Quería felicitarle por el trabajo realizado y por lo conseguido entre todos ustedes".

"Supongo que usted querrá felicitar a mi padre", le dijo Gianni sabiendo que el hombre se confundía.

"¡Ah, tu padre, Michael Meyer! Efectivamente. Suponía que no le encontraría en casa. Mi intención era sólo dejar un mensaje". La comunicación era ahora prácticamente instantánea.

Gianni se esforzó en recordar si su padre le había nombrado en alguna ocasión al tal Hansruedi Rosen. De buen seguro recordaría el inusual nombre de aquel individuo que parecía conocer a su padre y la vinculación con la agencia espacial.

Antes de que Meyer hijo pudiera volver a preguntar nada, Hansruedi tomó la iniciativa.

"Tu padre es un buen hombre y un gran ingeniero de telecomunicaciones. Trabajos como el suyo, entre bastidores, con poca trascendencia pública, son los que realmente hacen grandes los proyectos y les dan mayores probabilidades de éxito".

Gianni se quedó un poco sorprendido de las alabanzas de Hansruedi a su padre. No por creer que tales elogios fueran inmerecidos, pero le sorprendía porque hacía algunos años que ya estaba retirado. Después de ser ascendido a ingeniero jefe, se le reconoció el mérito de dar nuevas perspectivas a la organización en todo lo referente a comunicaciones, y durante mucho tiempo la eficacia en este ámbito era atribuida directamente a su persona. Al retirarse, trabajó para la agencia como asesor externo, pero ahora prácticamente no mantenía ningún contacto. Hansruedi atribuía todavía



trascendencia a la labor de su padre en el alunizaje de hoy. Y precisamente, en esta misión, no colaboró en ningún aspecto.

"Muchas gracias, señor Rosen", escribió Gianni. Se estaba perdiendo la retransmisión y ya tenía ganas de cortar la conversación.

"¿Cómo te llamas, hijo?".

"Gianni".

"Bonito nombre. Italiano. Como tu abuelo".

Gianni se asombró de nuevo. No sólo parecía conocer a su padre, sino también a su abuelo. ¿Cómo era posible que su padre no le hubiera hablado nunca de él?

"¿Conoció usted a mi abuelo?".

"Tu padre me ha hablado de él muchas veces pero no lo conozco en persona".

Tal como lo expresaba parecía como si todavía pudiera llegar a conocerlo algún día, pensó Gianni extrañado. El abuelo llevaba años bajo tierra.

La pantalla mostró otro mensaje de Hansruedi.

"¿Estabas viendo el aterrizaje?".

"Sí".

"¿Te gustaría ser algún día astronauta?".

Definitivamente Gianni estaba ahora desconcertado por completo. ¿Qué tipo de pregunta era aquella? Vaya tipo más raro. Y todavía no sabía quién era. Sintió curiosidad.

"Voy un poco tarde para eso, pero bueno¼", intentó continuar la pretendida ironía. Desvió el tema: "¿De qué conoce usted a mi padre?".

"Fui su profesor en primaria".

Gianni apartó instintivamente las manos del teclado como si notara que debía tomar precauciones. Una sensación de espanto inundó su cerebro. ¿Qué broma era aquella? Su padre tenía setenta y ocho años; ¿cómo podía estar vivo un antiguo profesor suyo? A mucho suponer, unos veinte o treinta años debían separar a ambos. Hansruedi sobrepasaba con toda seguridad la centena.

"Disculpe, señor Rosen, ¿qué edad tiene usted?", se atrevió a preguntar sin rodeos.

"¿Yo? Eres curioso muchacho, je, je¼ Tengo cincuenta y siete años".

Gianni Meyer se echó tan bruscamente hacia atrás que casi tumbó la silla. Ahora se veía claro. El profesor, y dudaba de que lo fuera, se burlaba de él. Seguro.

"Perdona, Gianni, ahora volvemos a hablar. El Presidente continúa su discurso".



Luna. Superficie. Julio, 1969.

-La Luna ya no es una ilusión, es una realidad. Una posibilidad al alcance de los hombres. Un logro que desmitifica el escepticismo de la capacidad humana fuera del entorno terrestre. Y a una meta sigue otra: Union, el segundo satélite de la Tierra. El hermano de la Luna debe ser el siguiente paso de la humanidad en el espacio. Hoy es un día feliz: la Luna ha sido conquistada. Estos hombres son héroes que serán la inspiración de la larga lista de otros que vendrán para acercarnos a las estrellas.

La llamada telefónica del presidente al Espacio terminó.

En la superficie lunar el Eagle aguardaba paciente a que sus tripulantes realizaran las actividades extravehiculares. Un cuerpo de aluminio con patas de cangrejo muy lejos de casa.

Aldrin y Armstrong estaban instalando el sismómetro. El control de la actividad sísmica de la Luna era una de las varias mediciones que la NASA tenía intención de mantener bajo seguimiento.

-¿No podían esperar a que hubiéramos regresado para anunciar algo así? -protestó airado Armstrong.

-Ya sabes cómo son los políticos, Neil -dijo divertido Aldrin.

-No vamos a tener ni un minuto de gloria. No habremos ni pisado la Tierra que la gente ya estará sólo pensando en Union. La Luna ya será historia.

-No exageres, Neil¼

Un bufido deformado por la distorsión del intercomunicador emanó por el auricular de Aldrin.

-Buzz, procedamos con el retrorreflector láser -ordenó el comandante Armstrong.

Aldrin se dirigió al contenedor para sacar el aparato. Observó el artefacto divertido.

-Resulta difícil creer que con esto sepamos a qué distancia se aleja la Luna de la Tierra¼ -pensó en voz alta.

-¡Vamos, Buzz, el tiempo apremia! Todavía queda mucho por hacer -advirtió Armstrong.

Gianni Meyer se había cansado de aquel juego absurdo. No tenía ninguna gracia y además seguía sin conocer la verdadera identidad de su interlocutor. Esperó paciente a que conectara de nuevo para despedirse de forma definitiva.

"Ya estoy de vuelta, Gianni".

"Bueno, ha sido un placer conocerle. Ya le pasaré el recado a mi padre. Adiós". La frase debió sonar en exceso seca y descortés porque Hansruedi



respondió ofendido.

“¿Tienes prisa, hijo? ¿A qué viene esa brusca despedida?”.

Gianni no se contuvo.

“¡Viene a que no me gustan las bromas pesadas de desconocidos!”.

“¿Bromas? ¿Qué bromas? ¡Y ya me he presentado!”.

“No diga tonterías. ¿O es que mi padre tuvo a un bebé por profesor?”.

“Oye, Gianni. Ignoro por qué dudas, pero te juro que es verdad. Fui el profesor de tu padre. No miento”.

Gianni se indignó.

“Es usted increíble. ¿No sabe parar, verdad? Además, no diga que no miente: antes de cortar hace unos minutos dijo que iba a seguir escuchando el discurso del Presidente, y él no ha hablado”.

“Perdona, pero ahora soy yo el que no consiento falsedades. ¿Estabas viendo la televisión cuando hemos cortado la comunicación?”.

“Sí, claro. Y sólo daban imágenes de los astronautas en la Luna. No se ha pronunciado ningún discurso”.

“¿Cómo que no? ¿No has oído que el presidente mencionaba a Union?”.

Gianni, a falta de una expresión mejor, estaba alucinando.

“¿Union? ¿Qué coño es Union?”, explotó finalmente.

“¡Oye, pequeño! Al menos no digas palabrotas. ¡No te ha dicho tu padre que eso no se dice!”.

Gianni escribió con rabia, intentando que sonara lo más desagradable posible.

“¿Pero está usted loco? ¿Por qué me llama pequeño? No pienso seguir con esta gilipollez”. Sin embargo no desconectó enseguida. Quería ver qué respondía Hansruedi.

“A ver, Gianni. Cálmate. Mejor, calmémonos. Dices que no te llame pequeño, de acuerdo; sé que ya eres mayor, pero los adultos acostumbramos a llamar pequeños a los niños de diez años por mucho que pueda molestarte”.

¡Diez años! Esto iba de mal en peor. Estaba siendo la comunicación internauta más surrealista que jamás había mantenido Gianni Meyer.

No supo qué escribir durante varios minutos. Se quedó pensativo, desconcertado, observando cómo el cursor parpadeaba rítmica y luminosamente en la pantalla.

Luna. Módulo de mando Columbia. Julio, 1969.

La nave apareció de nuevo en el horizonte lunar.

-Comandante -llamó Collins desde las alturas-. Aquí módulo de mando Columbia, ¿me reciben?

Los dos astronautas rotaron con lentitud, como marionetas a merced



de unos hilos. Observaron la nave orbitando sobre sus cabezas: un proyectil detonado por un enorme cañón, viajando bajo una oscura bóveda.

-Aquí Base de la Tranquilidad, Mike, te recibimos -confirmó Armstrong.

-Puede que no sea nada, comandante, pero en la anterior trayectoria detecté una extraña protuberancia en la superficie, no muy lejos de su posición -alertó, impregnada su voz de una ominosa calma.

-Algo corriente, Mike, si tenemos en cuenta que estamos en una llanura pedregosa. ¿Qué esperabas sino montones de piedras de todas las configuraciones posibles? -hizo notar Buzz Aldrin con ironía. El piloto realizaba mediciones mientras Armstrong, a pocos metros, activaba el sismómetro.

-No bromeo, chicos. La primera vez que reparé en ella no hice ningún caso, pero en la segunda observación, no me pareció $\frac{1}{4}$ -dudó hasta encontrar la palabra adecuada- no me pareció natural.

Armstrong y Aldrin se miraron a través de sus cascos espaciales y después, en un gesto inconsciente, miraron en derredor. El comandante levantó la vista de nuevo hacia el Columbia. Los trajes presurizados restringían demasiado la fluidez de los movimientos.

-¿Qué significa no natural, Mike?

-Es una forma demasiado definida y geométrica para ser un simple pedazo de roca. La observación, pese a no ser precisa, determina que puede tener lados aparentemente lisos.

-¡Eso es imposible! ¡No hay erosión en la Luna! -voceó Aldrin.

-Por esa razón dije algo no natural -remarcó Collins.

-Oye, Mike -intervino Armstrong en tono pausado-. Estás muy lejos de la superficie. ¿No podría ser un error visual?

-Podría serlo, Neil -reconoció el piloto del módulo de mando-, pero la verdad es que a la vista de las lecturas preferiría que echarais un vistazo. Está próximo a vuestra posición, dirección oeste, hacia los Cráteres Gemelos. No retrasará mucho la misión.

-¿Sabes lo que estás pidiendo, Michael? -reprendió el comandante Armstrong al piloto-. Esto se aparta del protocolo de actividades.

-¿Crees que no lo sé, comandante?

Un silencio profundo, más desconcertante que el del espacio, alargó la tensión hasta congelar el momento unos segundos que parecieron meses.

-¿Hay algo más verdad, Mike?

-La misión en superficie dispone de un tiempo extra de margen para imprevistos -fue la repuesta del Columbia.

-¡Michael, no juegues conmigo! -advirtió Armstrong a su compañero desde el suelo lunar.

Buzz Aldrin permanecía inmóvil.

-Comandante $\frac{1}{4}$ -balbuceó Collins.

-¡Joder, Mike! ¡Suéltalo ya! -explotó Aldrin.

-La primera vez que la vi $\frac{1}{4}$ sólo destacué la forma inusual -explicó Collins desde el cielo-. En la segunda ocasión me pareció ver una especie de



luminosidad; creí que podría tratarse de un reflejo solar o un falso destello provocado por el cansancio, pero ahora...

-Continúa -apremió el comandante Armstrong.

-Ahora que tengo otra vez contacto visual con el objeto puedo asegurarle, comandante, que se detectan unos débiles destellos.

Nadie dijo una palabra. Los dos astronautas, pioneros lunares, observaron la Tierra. Se maravillaron de los colores de su hogar. Nunca antes habían echado tanto de menos a sus seres queridos y a todo lo que rodeaba su vida cotidiana. Esas reflexiones les hacían sentirse a salvo.

-Mike, como dice Neil, esto no estaba previsto -dijo Aldrin expectante-. Supone correr riesgos innecesarios.

-Nosotros hemos llegado hasta aquí. Ahora, en este instante, estamos aquí. No sabemos cuándo vendrán otros o si podrá llegar alguien más. Merece la pena comprobar cualquier fenómeno extraño. -Más que una petición la voz de Collins resonaba como un ruego-. El protocolo de la misión recoge el propósito de cubrir cualquier eventualidad que requiera una permanencia prolongada a la inicial prevista, por motivos justificados que se aparten de las órdenes prioritarias.

De nuevo todos callaron. Un mutismo estelar se apoderó del momento. La Tierra, flotando en la negrura, era la única testigo de aquellos instantes.

-¿Estamos dentro del tiempo de un protocolo de emergencia? -quiso saber Armstrong dirigiéndose a Aldrin.

-Lo estamos, comandante. -Según las pautas del protocolo para la ejecución de actividades no programadas debían estar conforme los tres miembros de la tripulación-. Aunque ello supondrá renunciar a ciertas tareas que todavía quedan pendientes -añadió el piloto del módulo lunar.

Armstrong dejó en el suelo las herramientas que manejaba en sus guantes. Meditabundo, contempló el paisaje cargante, desalentador. Por un instante, notó que la Luna dejaba de tener el atractivo inicial que le había embriagado en sus primeros pasos. Ahora, una rugosidad pedregosa, desconocida y amenazante, se extendía ante sus ojos.

-Danos un rumbo, Mike -ordenó el comandante.

Gianni Meyer tomó la resolución de aclarar las cosas. Parecía realmente que Hansruedi hablaba en serio aunque costase creerlo.

"Muy bien, muy bien", comenzó. "Voy a partir del supuesto de que no me está tomando el pelo. Su nombre es Hansruedi Rosen, fue profesor de mi padre y tiene cincuenta y siete años. Hasta ahí, ¿todo correcto?".

La respuesta de Hansruedi fue escueta, paciente: "Sí".

Meyer hijo comprendió que el profesor le estaba dando tiempo para recomponerse.



“Y usted llama con la intención de felicitar a mi padre con motivo del alunizaje”.

“Más concretamente para dejar un mensaje para tu padre. Sabía que no lo encontraría”, aclaró el profesor.

“¿Cómo estaba tan seguro? ¿Tenía también usted una invitación para Houston?”.

Hansruedi tardó algo más de la cuenta en contestar, como si estuviera cavilando las palabras de Gianni.

“¿Invitación? ¿Para Houston? No soy tan importante para semejante honor. ¡Qué más quisiera! Pero era lógico no encontrarle en casa. Está trabajando”.

“Mi padre, ¿trabajando? Puede denominarlo así si quiere, pero él está en Houston, junto con antiguos colegas, por cortesía de la NASA”.

“¿Por cortesía?”, mostró la pantalla. El profesor parecía desconcertado. “Pero si me dijo que hoy era el día más importante de su vida, que recordaría su labor en el control de la misión como el día de trabajo más feliz capaz de imaginar. ¿Han prescindido de su servicio en el último instante?”.

Hansruedi no podía oírlo, pero Gianni dejó escapar un bufido mientras aclaraba:

“Mi padre hace años que no trabaja ya para la NASA, profesor Hansruedi”.

“¿Te ríes de mi ahora, Gianni? ¿Eres de verdad su hijo o eres otra persona?”.

“Por supuesto que soy yo. ¿A qué viene eso?”, se molestó el joven. Sentado ante la consola del comedor, Gianni oía de fondo la euforia de los contertulios del Canal NASA.

Transcurrieron unos segundos. En el siguiente texto fue Hansruedi quien tomó la iniciativa para intentar aclarar el intríngulis de una conversación de despropósitos.

“Vamos a intentar poner orden en este galimatías: tu nombre es Gianni Meyer, hijo de Michael Meyer, el ingeniero de la agencia espacial. ¿Este es su domicilio, verdad?”.

“Sí, en efecto”.

“Entonces, ¿por qué dices que tu padre hace años que ya no trabaja?”.

“Porque así es. Se retiró hará unos trece años”.

“Ja, ja, ja¼ ¿Retirado? Hijo mío, ¡tu papa no puede retirarse a los veintinueve años!”.

“¿Veintinueve? Mi padre tiene setenta y ocho años. ¿Qué locura es ésta?”.

“Bueno, Gianni, visto que no quieres frenar este juego infantil, dile a tu papá que llamaré mañana”.

“¿Infantil? Tengo veintisiete años, Hansruedi. Y soy yo el que estoy harto de esta tontería”.

Ninguno de los dos contactó en unos minutos. Los canales seguían



abiertos. Por fin, Gianni, ante la aparente imposibilidad de desentramar semejante red de sandeces, optó por abordar un tema que parecía común. Quizá hubiera sido mejor no hacerlo nunca y despedir la comunicación en ese momento.

“¿Está usted viendo la televisión, profesor Rosen?”.

“Sí, pero ya han desconectado hace un rato”.

“Ah, ¿sí? En casa tenemos el canal veinticuatro horas. Es una pena que no pueda seguir disfrutando del espectáculo”.

“¿Se trata acaso de un canal especial para trabajadores de la NASA?”, se interesó el profesor.

“No, es por cable. Cualquiera puede contratarlo. ¿No lo ha visto anunciado?”.

“No había oído nada de eso. Es fantástico. Todo avanza tan rápidamente que apenas puedo mantenerme al día”.

Gianni imaginó al profesor como un sabio distraído, encerrado en su mundo. ¿Cómo podía no conocer nada del fenómeno social que había desatado la televisión de la NASA, con todo tipo de debates sobre la privacidad y las posturas interesadas de la agencia? Quizá la explicación de todo fuera que Hansruedi estaba un poco loco. Pero el motivo no podía ser tan llano; debía haber algo más.

“Dijo usted que el Presidente había hablado de algo llamado Union, ¿de qué se trata? Nunca había escuchado nada que llevara ese nombre”.

“No pienso enfadarme de nuevo, Gianni. Seguiré el juego a ver adónde nos lleva. Esta bien $\frac{1}{4}$ Union es el segundo satélite de la Tierra, después de la Luna, evidentemente. Creo que en la escuela lo enseñan a los ocho años, así que no trates de engañarme porque creo que habrás oído hablar de él”, ironizó el profesor.

Los pelos de la nuca de Gianni Meyer se erizaron y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Asumió un papel crédulo. Por muy espeluznante que pudiera parecer tal pensamiento, quizá ninguno de los dos estuviera mintiendo.

Luna. Superficie. Julio, 1969.

La baja gravedad permitía un avance relativamente rápido de los astronautas teniendo en cuenta la inexperiencia en paseos lunares. Una cosa era realizar tareas alrededor del Eagle y otra acometer un recorrido aunque fuera de corta distancia. Aún así, al cabo de poco consiguieron un avance bastante regular.

-Neil, estoy empezando a preguntarme si no estamos haciendo el memo y de paso poniendo en peligro nuestras vidas -comentó Aldrin, sintiéndose menos torpe en su caminar.



Armstrong avanzaba delante de su compañero.

-No te preocupes más de lo necesario -recomendó-. Seamos prudentes, veamos si hay algo que merezca la pena y volvamos a casa.

-Sé que tenemos tiempo de sobra, pero estoy algo nervioso, comandante.

-Buzz, si crees que no hay mariposas en mi estómago, te equivocas: una auténtica revolución de lepidópteros está organizando una especie de orgía desenfrenada en mi interior. ¿No oyes la música?

Aldrin rió. Se sintió mejor.

-Sigamos adelante, amigo -animó de nuevo el comandante Armstrong.

-Sigamos.

No tardaron mucho en llegar al sector indicado por Collins desde el Columbia. Era imposible indicar un punto exacto pero sí una zona relativamente concreta. La tarea no era fácil. Cualquier objeto mimetizado con el paisaje regular estaría bien oculto.

-¿Ves algo, Neil?

-De momento nada extraño -señaló el comandante.

La situación no dejaba de ser cómica: dos hombres embutidos en amplios y arrugados trajes blancos, con una mochila a la espalda, rastreando el suelo como si buscaran una moneda. Una voz resonó en el interior de los cascos. Era Michael Collins.

-¿Cómo va eso?

-Nada de momento, Mike -informó Aldrin.

-¿No puedes precisar más el lugar donde viste la luz?-intervino Armstrong.

-Lo siento -lamentó Collins-. Con los instrumentos es imposible centrar con mayor exactitud. La intermitencia y el poco tiempo que duró la luminiscencia tampoco ayudaron demasiado.

-Va a ser complicado, sobre todo si tenemos en cuenta que desconocemos el tamaño de la fuente de luz. Pudo proceder de un objeto grande pero también de algo de menor tamaño que sea difícil de visualizar -opinó Aldrin.

-Cierto, Buzz. Si te parece bien, vamos a marcar un tiempo límite de búsqueda, Mike -comunicó a la nave el comandante.

-Me parece prudente, Neil -estuvo de acuerdo el piloto del módulo de mando-. Dentro de pocos minutos volveré a la cara oculta. Perderé la comunicación.

-Entonces marcamos ese momento como margen. Después regresaremos al Eagle.

-Recibido.

Los astronautas acababan de perder la comunicación con el módulo de mando que orbitaba la cara oculta de la Luna. No habían encontrado nada.

-¡Buzz, regresamos!



-A la orden, comandante.

Se pusieron en marcha.

-¿No te parece extraño que Houston nos ordenara mantener cerradas las comunicaciones hasta regresar al Eagle? -preguntó Aldrin.

-Houston es consciente de que pueden no ser los únicos en estar a la escucha. Cualquier descubrimiento debe quedar en manos americanas - explicó Armstrong. Hizo un gesto con la mano a su compañero para que no insistiera en el tema.

-Pongámonos en marcha, entonces -dijo Buzz.

Una vez determinado el rumbo hacia el módulo lunar no demoraron más su partida.

A pocos metros de iniciar el camino, Buzz Aldrin se giró para echar un último vistazo al lugar. Nunca vería otra vez aquel paraje tan desolado como cautivador.

-¡Neil!

El comandante se giró con la mayor rapidez que la gravedad le permitió.

-¡A las dos! ¡He visto un reflejo! -gritaba Aldrin señalando con la mano.

-¿Estás seguro?

-El destello fue intenso. No creo equivocarme.

Los dos astronautas escrutaron la dirección, inmóviles. Otro destello.

-Te lo dije.

-¡Dios Santo! ¡Vamos, Buzz, no perdamos tiempo! -apremió Armstrong.

-¿A cuánta distancia calculas que lo tenemos, Neil?

-Yo diría que no más de ciento cincuenta yardas.

-Estoy de acuerdo.

-¿Oxígeno?

-Descontando el tiempo de regreso y quince minutos como margen de seguridad, disponemos de unos treinta minutos.

-Suficiente. Pero debemos apresurarnos. ¡Vamos, Buzz!

Por fortuna, conforme fueron aproximándose al lugar, la intermitencia de la luz no se detuvo. Intervalos regulares de quince segundos. Pero nada hacía suponer que la secuencia luminiscente se mantendría. Y a los pocos minutos así ocurrió: la luz dejó de brillar.

Los dos hombres se detuvieron. No era un problema. Estaban a menos de veinte pasos y tenían identificada la fuente. Una forma rectangular semienterrada. No demasiado grande, del tamaño de un cristal parabrisas de un coche. El objeto tenía el mismo matiz que el entorno en el cual reposaba.

-Parece de metal, Neil.

-Sí, así es. Y totalmente lisa.

-¡Entonces es artificial: no hay fenómeno lunar capaz de pulir las paredes de esa caja! -concluyó Aldrin.

-Por el momento desconocemos su naturaleza, Buzz -intentó apaciguar



a su excitado compañero.

-Esto es increíble -dijo Aldrin nervioso-. ¿Qué hacemos, comandante?

-No lo sé. Nunca me he enfrentado a algo similar -intentó bromear Armstrong. No temía tomar decisiones en los momentos críticos, sencillamente no estaba entrenado para semejante situación.

-Especulemos -aconsejó Aldrin.

Ambos permanecían inmóviles, cerca del extraño objeto.

-¿Rusos? ¿Llegaron primero?

-Imposible, lo habríamos sabido. Y ellos lo hubieran anunciado.

-¿Alguna parte desprendida de un satélite o nave anterior?

-Posible, pero improbable. No parece tener abolladuras ni sesgos.

Además sólo parece metal. Quizá no lo sea.

-Entonces, ¿alienígena?

Neil Armstrong enmudeció. ¿Quién podía responder? Había que tomar una decisión. El oxígeno jugaba en su contra.

-Adelante, Buzz. Sea lo que sea, adelante -aventuró Armstrong-.

¿Conforme?

Aldrin dudó apenas un segundo.

-Afirmativo, comandante. Estoy con usted.

Avanzaron.

Gianni Meyer no tecleó durante diez minutos a pesar de los mensajes que su ordenador seguía recibiendo de Hansruedi Rosen. Necesitaba dar un margen al pensamiento para reordenar ideas, por muy confusas que éstas fueran.

Resumió la información: el profesor de instituto deseaba alabar la labor de su padre en el éxito de la misión a la Luna. De por sí ya era extraño la felicitación a un empleado retirado sin una vinculación directa al esperado viaje de regreso al satélite, pero podía ser entendible por la pasada estrecha relación del anciano con la NASA. "Quien ha pertenecido a la agencia espacial nunca deja de formar parte de ella", rezaba una placa en la sala de personal. Y él, hijo de un ingeniero jefe de comunicaciones, daba fe de ese hecho. Hasta ahí, bastante normal. El rompecabezas empezaba cuando, según creía Hansruedi, su padre era todavía un joven treinta añero contratado en la NASA; es más, para el profesor, el viejo ingeniero se encontraba colaborando hoy en control de la misión en Houston. Para rematar el disparate, el maestro insistía en tratar a Gianni como a un niño de diez años. Era incapaz de concebir la razón que indujera a confundir al profesor, quien parecía efectivamente conocer a su padre, su profesión, e incluso al abuelo de Gianni. En apariencia no mentía; pero la condición rocambolesca de la cuestión se manifestaba en forma de revelación: ¡la Tierra tenía dos satélites! ¡Dos lunas! La segunda llamada Union. Aquello desencajaba cualquier intento de no



pensar que el profesor no estuviera mentalmente trastornado, mucho o poco, pero trastornado.

Se esforzó por enémissa vez en buscar una línea de conversación que pudiera arrojar luz a todo aquello, si bien estuvo tentado, como antes, de cortar la comunicación sin dar más importancia al asunto. Pero la curiosidad es una dama tentadora.

De pronto se le ocurrió algo: ¿cuántos años dijo Hansruedi que atribuía a su padre? Veintinueve. El futuro ingeniero de la NASA nació en mil novecientos cuarenta. Un sencillo cálculo permitía determinar el año en que el profesor creía vivir: mil novecientos sesenta y nueve. ¡Por Dios! Un ligero mareo provocó que perdiera de forma momentánea la visión. Se sosegó. La pantalla seguía arrojando impacientes mensajes de Hansruedi. Gianni intervino.

“Profesor”, escribió.

“¡Por fin! Dime”.

“Permítame hacer una pregunta por muy absurda que parezca. Le pido paciencia”.

“Adelante”.

Gianni vaciló.

“¿En qué año estamos?”.

“¡Qué tontería!”.

“Por favor”.

“1969”.

Gianni Meyer escribió con dedos temblorosos. Conocía el problema.

“No se lo va a creer, profesor, pero yo vivo en el 2018”.

Ahora fue Hansruedi quien no transmitió en un rato.

Luna. Superficie. Julio, 1969.

Los astronautas desenterraron con facilidad la cápsula. Tal como habían supuesto la apariencia simulaba la del metal pero no lo era. A simple vista no fueron capaces de determinar la composición. Una serie de ranuras no simétricas subdividían la superficie del objeto creando diferentes paneles. Buzz Aldrin recordó una enorme bandeja del comedor del centro de adiestramiento, con diferentes departamentos para cada tipo de comida. El objeto era similar en forma con la diferencia que las cavidades permanecían cubiertas por unas tapaderas. Pero, ¿cómo se abrían? No había ningún tipo de mecanismo de apertura para las pequeñas compuertas.

-¿Y tirando de ellas? -propuso Aldrin.

-Con los guantes es imposible, pero no lo creo. Apenas hay hueco para introducir unos dedos.



Deslizaron las manos enfundadas por todos lados, por todas las ranuras. Dieron la vuelta a la caja. Intentaron forzarla con los precarios medios de que disponían. Por ninguna de las caras se apreciaba junta alguna.

-¡Joder! -explotó Armstrong.

-¡Vaya mierda! Neil, debemos irnos. No hay más tiempo -advirtió Aldrin, mientras continuaba deslizando los inadecuados guantes por todas partes.

Una de las compuertas se abrió. En horizontal, hacia arriba, luego dio la vuelta, se colocó en posición vertical y desapareció por una rendija posterior.

-¡Presionando, Neil! ¡Presionando hacia abajo! -descubrió entusiasmado Aldrin.

Las compuertas se abrían como resortes. Una especie de consola emergió del interior. Sin perder un segundo presionaron todas las demás. En todas se produjo el mismo efecto y se materializaron diferentes tipos de consolas. En pocos segundos se encendieron idénticas pantallas en las que aparecieron todo tipo de símbolos ilegibles.

-¿Qué demonios significa todo esto?

-¿Entiendes algo? -preguntó Aldrin.

-No parece ningún tipo de escritura que conozca, Buzz.

En las decenas de pantallas todo era incomprensible. Un galimatías de extrañas anotaciones sin sentido.

-¡Neil! ¡Oh, Dios mío! -vociferó excitado Aldrin.

-¿Qué ocurre? -preguntó prestando atención a su compañero.

Aldrin señalaba muy nervioso uno de los visores.

-¡Los signos se están¼ se están convirtiendo en imágenes!

Los dos se acercaron más. Temblaron aterrados.

-No¼ no¼ ¡Es imposible!

Cada una de las pantallas se desdobló en múltiples cuadrículas que reproducían diferentes escenas indudablemente humanas. En una de las múltiples animaciones, Neil adivinó una diminuta versión de sí mismo contemplando el extraño mecanismo que tenía a sus pies, tal y como estaba ocurriendo en ese preciso instante. Era como ver la película de uno mismo con tu vida como argumento.

Ni Gianni Meyer ni Hansruedi Rosen eran capaces de pronunciarse de manera precisa. Cada uno se mantenía escéptico del argumento del otro, pero cada vez dudaban menos y se convencían de que algo fuera de lo común sucedía.

"Te creo, Gianni. Lo que dices no tiene ninguna base lógica, pero el corazón me impulsa a creerte", decía Hansruedi.

"No le quepa duda de que digo la verdad, profesor. También yo estoy



seguro de que usted no miente”.

Entonces un pensamiento cruzó por la mente del profesor.

“Sin embargo, si estamos en momentos del tiempo distintos, tú en el 2018 y yo en 1969, ¿cómo puede coincidir el hecho del alunizaje? Es imposible. Si tu vives en mi futuro, deberías haber estudiado lo que yo estoy viviendo ahora”.

“Y así es”, confirmó el joven.

“Pero, ¿cómo $\frac{1}{4}$?”.

“¿En qué ha consistido la misión a la Luna de su año, profesor Rosen?”.

“Ya lo sabes, según tu”.

La pueril reacción del profesor no molestó a Gianni. Quizá no le gustaba sentirse aleccionado.

“Profesor, por favor $\frac{1}{4}$ ”, rogó. La respuesta tardó poco.

“Viajar a la Luna, descender con el módulo de alunizaje, caminar por la superficie, recoger muestras, instalar aparatos para mediciones y poca cosa más, a parte de regresar lo antes posible, claro”, ironizó Hansruedi.

“¿Quiere saber en qué consiste la expedición de mi época?”, insistió el joven Meyer.

“Adelaaante”. Podía intuirse un resoplido inherente en la palabra.

“Viajar a la Luna, descender con el módulo de alunizaje, caminar por la superficie, recoger muestras, instalar aparatos para mediciones y $\frac{1}{4}$ ”, Gianni dejó unos espacios en blanco y continuó: “ $\frac{1}{4}$ permanecer en el satélite cinco semanas, iniciar la construcción del Hábitat-1 de sesenta metros de altura, donde los astronautas podrán trabajar y vivir, establecer bases en el polo sur lunar para analizar las reservas de hidrógeno y valorar las posibilidades energéticas del helio-3, el gas que descubrirán los científicos de las muestras que sus astronautas trajeron a la Tierra en 1969”.

Gianni sonrió imaginando la cara del profesor en aquel momento.

“¿De qué estás hablando, muchacho?”.

“¿No lo ha adivinado todavía, profesor?”.

“¡Suéltalo de una vez, por el amor de Dios!”, imploró Hansruedi.

“¿Cuál es el nombre de su módulo de alunizaje?”.

“Eagle”. El profesor estaba tan desconcertado que esta vez ni protestó.

“¿Sabe cómo se llama el mío?”, y añadió: “Hawking”.

Gianni insistió de nuevo.

“¿Y el comandante de la misión de 1969?”.

“Neil Armstrong”.

“El de mi presente se llama Meter Jackson, y la misión no se llama Apolo, sino que está dentro del programa Constellation para la exploración del Sistema Solar”.

“¿Qué tratas de decirme, Gianni?”.

Las frases del profesor se mostraban en la consola algo más lentas que hasta ese momento, como ocurrió al principio. La conversación no parecía realizarse a tiempo real sino que existía un cierto retardo, una alteración



debido a alguna causa desconocida.

"¿Cuántas veces han visitado ustedes la Luna hasta ahora?"

"¿Te burlas?"

"No es la primera vez que nosotros viajamos a la Luna", explicó Gianni. "De hecho hemos despegado varias veces, si bien es cierto que ahora hacía treinta y cuatro años que no regresábamos. La primera vez que fuimos fue en 1969, creando la historia que usted aparentemente está viviendo ahora".

"¿Aparentemente¼?", repitió sorprendido el profesor.

"Sí, porque por lo que usted me cuenta, su presente parece mi pasado excepto en algunos hechos".

"Continúa".

"En mi Tierra no tenemos dos lunas. Union nunca ha existido en mi mundo".

La revelación no pareció descolocar a Hansruedi.

"¿No tenéis Union?"

"En efecto, no tenemos Union".

La respuesta tardó de nuevo en llegar.

"Es decir, sólo tenéis una luna".

"La Luna", puntualizó Meyer.

Los caracteres no aparecieron en la pantalla durante unos minutos. Los dos parecían reflexionar o sencillamente la progresiva lentitud de las comunicaciones se estaba convirtiendo en un impedimento. Por fin pudo visualizar otro mensaje.

"Podría existir una explicación para todo esto, muchacho, pero no creo que sea muy creíble, ni tampoco muy lógica".

"Diga, profesor".

Tardó varios minutos en poder volver a leer. Seguramente el profesor Rosen también recibía sus escritos con lentitud. No era capaz de comprender el porqué.

"¿Notas el retraso en la comunicación, no? Eso apoya mi teoría".

"Explíquese, por favor".

Los minutos se arrastraban en los guiños del cursor.

"Creo, amigo mío, que estamos ante un fenómeno extraordinario. Puede parecer una locura pero la razón de lo que está ocurriendo, en esta aparente interconexión temporal, debe de ser que dos uni¼". La frase se detuvo.

"Profesor, continúe".

Diez minutos después Gianni volvió a escribir.

"¡Profesor, por favor, continúe!", suplicó aterrado temiendo quedarse sin conocer la teoría del educador.

Transcurrió una hora. Dos horas. Cuando llegó la medianoche, Gianni Meyer desconectó el ordenador del comedor, sin cortar la línea de comunicación.

A la mañana siguiente no encontró ningún mensaje. Nunca más



volvería a hablar con el profesor Hansruedi Rosen.

Luna. Nave Columbia en órbita. Julio, 1969.

El Eagle entró en órbita lunar tal como estaba fijado. Con los propulsores de posición se fue aproximando lentamente, en una delicada maniobra, al módulo de mando donde Michael Collins esperaba ansioso el regreso de sus amigos. Los dos módulos quedaron acoplados mediante los garfios de atraque.

Una vez el transbordo de las muestras y demás utillaje concluyeron, los astronautas se prepararon para abandonar el Eagle en la órbita de la Luna. Más tarde, el encendido hiperbólico situaría al Columbia y a su tripulación en una trayectoria de caída hacia la Tierra. De regreso a casa.

En el mutismo de la superficie lunar, abandonada una vez hubo completada su utilidad, la unidad inferior del módulo de aterrizaje pasó a formar parte del paisaje del Mar de la Tranquilidad. En una de las patas, una placa conmemoraba la proeza realizada por el hombre: "Aquí, unos hombres procedentes del planeta Tierra, pisaron por primera vez la Luna en julio de 1969 d.C. Vinimos en son de paz en nombre de toda la humanidad".

Cuando todas las operaciones de enrutamiento y operatividad concluyeron, Michael Collins, el astronauta que no había pisado la luna, desconectó la comunicación de la nave con Houston y abordó el tema de los sucesos acaecidos. Sus compañeros no habían contado mucho hasta entonces. Ahora, con el viaje de regreso iniciado, el momento era más adecuado.

-¿Pero cómo es posible? No hay nada que indicara presencia alienígena en la Luna -dijo Collins.

-No era presencia, sino restos, Mike -aclaró el comandante Armstrong-. Unos restos en forma de tecnología escalofriante. Y tampoco puedo asegurar que fuera un artefacto extraterrestre.

Collins desconocía el alcance del descubrimiento.

-¿Qué pasó, Neil? -Sabía que la pregunta era delicada. Las reacciones de los dos astronautas indicaban que algo monstruoso descansaba sobre el polvo lunar_. ¿Qué visteis?

Armstrong intercambió una mirada con Aldrin. Los dos hundieron la cabeza. El comandante habló compungido.

-No sé lo que era, Mike. No puedo comprenderlo. No imagino siquiera cómo algo así puede existir. Simplemente alcanzo a entender lo que he visto: miles de vidas. Y con cada vida una muerte. Todas mías. Contemplé mi carrera perfilada con miles de matices: pude ver cómo no superaba las pruebas de ingreso a la NASA, cómo moría de un infarto antes de despegar, cómo explotaba la nave en el espacio¼; he visitado una Luna en una Tierra



sin Union y explorado estrellas desconocidas en galaxias lejanas; observé mi existencia como minero, como granjero, como político, como mendigo, como marinero, incluso mi vida como mujer. He visto mi rostro en mil lugares que ni siquiera conozco. He muerto de niño, de joven y de viejo. He sido ateo y religioso. He matado, violado y asesinado. He sido misionero y filántropo^{1/4} - Neil estaba muy alterado-. Hoy he podido contemplar mis vidas. Y no es agradable ser el protagonista de tantas historias^{1/4}

Michael Collins escuchaba con asombro.

-¿Pero qué demonios era ese artilugio? ¿Quién o qué dispuso tal cosa?

-No lo se, Mike, no lo se^{1/4}-y añadió reflexivo-: Y prefiero no saberlo.

-Cerramos el mecanismo y nos fuimos -concluyó Aldrin en una actitud reservada-. Otros vendrán y lo estudiarán. Nosotros hemos cumplido con nuestro cometido.

Collins notó a sus compañeros muy aturridos. Sintió compasión. Por un instante se alegró de no haber sido uno de los privilegiados en descender al suelo lunar.

-Te harán preguntas, Neil, lo sabes. Te estarán esperando los servicios secretos.

-No me importa. A un hombre poco puede importarle su futuro si dispone de mil vidas para escoger. Albergo la esperanza de que en otra vida, en otro universo, no me pregunten nada; que el hombre no pueda llegar a la Luna y que nunca encuentre ese maldito reproductor. -El comandante no dijo nada más ni Collins insistió. Permanecieron en silencio.

Aldrin parecía al borde del colapso, incapaz de articular palabra. Su pensamiento divagaba por la carga mental que llevaba en su cerebro. Una carga que no explicó a Armstrong. Después de que el comandante observara horrorizado las imágenes en las pantallas, éste se giró y se apartó unos metros del lugar. En ese momento, él se acercó a los monitores y lo que vio no fueron las vidas de Armstrong. Contempló las suyas propias, las vidas de Buzz Aldrin. El artefacto era más espeluznante de lo que el comandante podía imaginar.

Los tres seguían viajando en el espacio, de vuelta al hogar. En todo el trayecto no hablaron más del tema. Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins fueron los primeros hombres en viajar a la Luna, sin lugar a dudas; los primeros hombres, pero no los primeros. Al menos en aquel universo.

Gianni Meyer aguardaba el regreso de su padre con impaciencia creciente. Deseaba contarle lo sucedido el día anterior con el profesor Rosen.

El matrimonio volvía de Houston en el avión de la tarde. Insistió en recogerles en el aeropuerto pero su madre se negó. La NASA había dispuesto un transporte a su cargo y no iban a rechazarlo. Así que esperó en casa toda la mañana y parte de la tarde.



Por fin, oyó los pitidos del mecanismo de seguridad de la puerta principal. El rostro blanquecino de su madre apareció realzado por una fina melena blanca. Saludó a Gianni con una sonrisa pero no se dirigió a él de inmediato.

-¡Vamos, Michael! ¿No puedes con las maletas? ¿Quieres que el chico te ayude? -vociferaba a su marido.

Besó a su hijo.

-Hola, Gianni, hijo. Voy al baño. Bajo en un ratito.

El programa del ordenador doméstico había llenado la bañera con agua a veintitrés grados, al gusto de la señora Meyer.

La voz de su padre se oía farfullando desde el porche.

-¡Mary Jane, sólo hemos estado fuera dos días y te has llevado dos maletas cargadas de cosas que no has utilizado! ¡Como mínimo podrías ayudar! -Pronunció las últimas palabras mientras cruzaba el umbral de la puerta resoplando, con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Su hijo fue a ayudarlo.

-Si no fuera porque la quiero, Gianni, de veras que ¼

Gianni sonrió. Estaba acostumbrado a estas pequeñas disputas conyugales que en los últimos años se habían vuelto cómicas. Era parte del juego del amor maduro; sabía que, en el fondo, no podían estar el uno sin el otro y se amaban con sinceridad.

-Papa, por favor, ven y siéntate -pidió mientras dejaba el equipaje al pie de la escalera-. Quiero contarte algo que ocurrió ayer. Creo que te sorprenderá.

-Gianni, hijo, estoy muy cansado. ¿No podrías esperar a ¼?

-Por favor, papa. Es importante -aseguró impaciente el joven.

El semblante de Gianni desprendía seriedad y en sus ojos se apreciaba un destello de ansiedad. Meyer padre no insistió y los dos pasaron al estudio.

Gianni relató a su padre la extraña comunicación del día anterior e incluso dejó que leyera la transcripción de la conversación.

-Nunca me hablaste del profesor Hansruedi Rosen -dijo Meyer hijo.

-No creí que te interesara conocer los profesores que tuve de crío. ¿Crees que los padres tienen por costumbre informar a los hijos de los nombres de sus antiguos tutores?

-No, tienes razón -reconoció Gianni-. Pero me sorprendió mucho que Rosen conociera al abuelo.

-El profesor Rosen y yo coincidimos en varias ocasiones después de mis estudios -explicó el ingeniero-. Siempre estuvo muy orgulloso de la exitosa carrera de uno de sus alumnos predilectos. Me felicitó en varias ocasiones cuando conseguí importantes logros profesionales.

-¿Está muerto? -inquirió Gianni adivinando la respuesta.

-Por supuesto, hace ya varios años. Me enteré por su hija. Ella conocía nuestra vieja relación y me avisó del funeral.

Gianni cogió la hoja con la conversación de las manos de su padre y la



dobló. Sin apartar los ojos del papel se dirigió de nuevo a él.

-¿Puedes pensar en algo que se parezca a una explicación lógica? -dijo Gianni desesperanzado.

-Podría ser una broma.

-¿Con qué propósito? No tiene sentido. Además, parecía tan sorprendido como yo -razonó Gianni.

Michael Meyer se alzó y se dirigió al mueble bar. Deslizó la puerta acrílica y llenó de coñac un vaso hexagonal de cristal grueso. Ofreció a su hijo lo mismo pero éste lo rechazó en un ademán.

-¿Y llamaba para felicitar me hoy por el alunizaje del Hawking?

-Bueno, él creía que era el Eagle, en el primer aterrizaje de 1969 -recordó Gianni.

-Sí, bueno, eso quería decir -rectificó el padre. Reflexivo, se llevó la mano al mentón-. No recuerdo que él me llamara en esos días de gloria, cuando estuve en el control de la misión. Creo que por esa época llevábamos tiempo sin contactar y, de hecho, no coincidimos nunca más.

-O sea, no puede tratarse de un momento de tu pasado que asalte nuestro presente -razonó Meyer hijo.

-Más bien no -estuvo de acuerdo Michael-. Un suceso singular... Aunque, si partimos del supuesto que el profesor no mintió, lo sorprendente es que pudiera contactar.

Gianni resopló, exasperado.

-¡Pues claro que es sorprendente!

-Tranquilízate, Gianni, y escucha. No me refiero al hecho de la llamada en sí, sino al canal mediante el que se produjo -puntualizó Meyer padre-. En 1969 no existía la Red. Internet empezó a popularizarse en la década de los noventa. Los hogares no disponían de un medio de comunicación tan diferente en aquellos días.

-¿Adónde quieres llegar? -. Gianni se levantó y caminó hacia su padre.

-¿Dónde estabas sentado tú? -inquirió el padre agitando la copa en el aire.

Gianni cerró los ojos.

-¡Dios! Yo estaba ante el terminal del ordenador en ¼

-¡Exacto! -cortó el padre-. Si aceptamos la verdad como premisa válida de lo que cada uno confesó, os comunicasteis, en efecto, pero mediante canales tecnológicos temporalmente desplazados.

La voz metálica de la señora Meyer intervino desde el altavoz de la consola del estudio.

-Cariño -llamó-. ¿Subes ya? Necesito el neceser.

-¡Canal baño! -rugió Michael Meyer al ordenador para abrir comunicación con su mujer-: Ya voy, amor, no tardo ni tres segundos -dijo con voz melosa.

Pero no se movió. Se sirvió otra copa y ahora su hijo aceptó la invitación.



-¿Qué deduces, papa? ¿Qué piensas?

-Un antiguo profesor de tu padre, fallecido ya en nuestro mundo, contacta ayer desde 1969 para felicitarme por la histórica conquista de la Luna: un hombre que vive en un Tierra con dos lunas¼

-¡Pero que vivió y existió y conociste, papa!

-Así es -reconoció-. ¿Pero en qué universo?

Gianni notó que el corazón se le aceleraba. No comentó nada. Dejó que su padre continuara con la exposición.

-La última frase que Hansruedi escribió -continuó el padre-, apuntaba a una deducción similar. No me mires así, me has pedido una explicación y la única que se me ocurre es esta. Durante toda mi vida he oído teorías de diversa índole acerca de otros universos: creíbles e inverosímiles, ridículas y espantosas¼ Nunca las he juzgado -apuntó-. Una de esas teorías desarrollada en las dos últimas décadas con más esfuerzo es la de los universos alternativos.

-¿Hablas de la existencia de otros universos?

-Me refiero a la existencia de uno o múltiples universos en desarrollo paralelo al nuestro.

-O sea: universos paralelos -insistió Gianni.

-Sí, hijo, universos paralelos.

Gianni tomó asiento de nuevo, apoyó los antebrazos en las rodillas y tamborileó los dedos en el vaso. Se quedó pensativo. Intentaba asociar la conversación de Rosen con la idea de su padre.

-¿Hansruedi podía llamar desde otro universo? -dudó al fin.

-Gianni, no sabemos ni si existen esas otras realidades, por tanto es imposible conocer cómo sería una posible comunicación entre universos paralelos -aclaró el viejo ingeniero-. De hecho, suponiendo que fuera así, tampoco significa que el profesor fuera consciente de ello. Por las palabras y la sorpresa e incompreensión, igual a la tuya, debemos suponer su intención de llamar para felicitar al Michael Meyer de 1969, el que estuvo presente en el centro de transmisiones del primer viaje del hombre a la Luna.

-¿Y en ese universo podría existir una Tierra con dos lunas, papa?

-Los universos podrían ser similares, no es probable que dos universos se ordenaran y evolucionaran de idéntica manera. La función de probabilidad de la mecánica cuántica hace que sea prácticamente imposible. Podría existir un profesor Rosen, idéntico al que yo conocí, y en otro universo podría vivir un Rosen que nunca se hubiera dedicado a la enseñanza; en otro podría incluso que no hubiera nacido. Y del mismo modo que el paralelismo probabilístico afecta a los seres humanos, la casuística cósmica puede ser pareja o radicalmente distinta. Por tanto, el universo del profesor Rosen que tú conociste ayer, bien podría tener dos lunas: nuestra Luna y otra denominada Union.

-Pero¼ ¿cómo explicarías la posibilidad de que dos universos puedan establecer contacto entre sí? Decías que era imposible -reprochó Meyer hijo.



-Dije que desconocíamos si sería posible establecer tal comunicación - puntualizó el anciano-. En el estudio de estos fenómenos se han desarrollado teorías que establecen diferentes universos dentro de enormes membranas de materia estelar, unos anexos a otros, como rebanadas juntas de un pan de molde después del corte de la máquina. Si de alguna manera pudiéramos descubrir dimensiones distintas a las cuatro que conocemos, éstas podrían indicar un camino hacia otro universo, y por tanto, una posibilidad de establecer una comunicación a un nivel desconocido que...

-Había oído hablar de los agujeros de gusano¼ -interrumpió su hijo.

-Se considera que los agujeros de gusano pueden ser caminos a través de los agujeros negros hacia otros universos. No hay nada seguro. Todo es mera especulación.

Meyer padre hizo una pausa, vació de un trago la copa y se sirvió otra más. Se sentó en un taburete ergonómico al lado de la chimenea de hidrógeno y frunció el ceño.

-Conocí un antiguo compañero en la NASA vinculado a la investigación en este campo -recordó-, que compartía con otros estudiosos la teoría de la multiplicidad de universos como burbujas flotando en un espacio, independientes unos de otros, sin posibilidad de comunicación. Sin embargo, él estaba convencido que en el supuesto de que dos burbujas (o sea dos universos) se aproximaran en exceso, la gravedad podría ser un factor que provocara interacciones entre ambas, alterando las leyes físicas características de cada una, afectándose mutuamente, en definitiva.

-¿Entonces el universo de Rosen y el nuestro chocaron?

-Desconozco las repercusiones si colisionaran, Gianni, pero dudo que ahora estuviéramos conversando -bromeó su padre-. El colapso cósmico podría ser de dimensiones inimaginables. No; lo que mi colega científico interpretaba es el caso de dos universos que se aproximaran lo suficiente (siendo miles de millones de kilómetros la distancia) para afectar el uno al otro con su masa. Esta rareza provocaría alteraciones recíprocas desconocidas que bien podrían desembocar en una interconexión a nivel comunicativo.

-¿Y esto supondría que el profesor podría utilizar la Red?

-No hay que suponer necesariamente que el desarrollo tecnológico sea el mismo en dos universos; incluso podría resultar que determinados avances que para nosotros se han producido en momentos concretos de nuestra historia, en otros universos puedan haberse desarrollado antes o después en el tiempo. En la Tierra del profesor, por ejemplo, parece ser que en el año en que llegaron a la Luna, disponían ya de algún tipo de red telemática mundial, similar a la Red que nosotros conocemos. Un sistema de transmisión de datos computerizado que bien podría ser compatible con el nuestro. Pero, te repito, no tenemos ni idea de cómo serían las comunicaciones interuniverso y sólo estamos teorizando.

-¿Y cómo supones que pudo establecerse ese contacto? -Gianni estaba cada vez más excitado.



Su padre lo miró con firmeza. ¿No estaría dando su hijo demasiada credibilidad a simples cavilaciones?

-Quizá dos mundos se aproximaron en exceso a través de una dimensión desconocida para nosotros permitiendo una comunicación momentánea para, al alejarse de nuevo, interrumpirse ésta. La ralentización de los mensajes que aparecían en la pantalla reforzaría esta idea. Un fenómeno insólito que quizá no vuelva a repetirse jamás, Gianni. Hay infinidad de hipótesis y los científicos nunca han logrado unificar criterios. Lo cierto, y siento desilusionarte -reconoció el viejo ingeniero-, es que no sé lo que sucedió ayer, ni creo que lo sepamos nunca.

La voz de la señora Meyer irrumpió de nuevo ahora en forma de aullido desde la planta superior.

-¡Michael Meyer! -rugió-. ¡Hace más de diez minutos que espero mis cosas!

-¡Voy, cariño, voy! -aseguró su marido dejando la copa en el acto y saliendo escopeteado por la puerta.

-¡Papa!

-No hay nada más, Gianni -dijo ya desde fuera de la estancia-. Bienvenido al mundo de la caja de zapatos de la NASA.

Gianni sabía a qué se refería su padre con esa expresión. Era la manera de referirse en la agencia espacial a los sucesos o fenómenos que carecían de una explicación lógica o científica. La caja, le había contado su padre, era inmensa.

Por desgracia, la caja de Gianni acababa de abrirse. Había estado vacía hasta ese momento y pese a que cerrara la tapa y el misterio quedara almacenado en su interior, las preguntas rebotarían eternamente en su cabeza. ¿Sería mejor el universo del profesor Rosen que conoció ayer? ¿Habría universos más bellos que el suyo? Y peor aún: ¿habría Gianni Meyers más felices que él? Bueno -se consolaba-, será cuestión de comunicar algún día con esos mundos de nuevo¼

Con esta esperanza, Gianni Meyer murió a los ochenta y cuatro años en su Tierra de una luna, convencido en ser el único en cualquier universo de haber experimentado el auténtico infinito.

Autor: José Sorribas Orth; Granollers, España.

Premio Andrómeda 2006; Relato ganador. Tema: el lenguaje y la comunicación. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.
